

marchase hacia adelante en línea recta con los veinticinco ó veintiséis mil hombres que acababa de poner á su disposición, que tomase á Rohr, que al parecer constituía el centro de la posición de los austriacos. Tenía á la mano á los wurtembergueses que estaban á la sazón desembocando en el campo de batalla, y los situó hacia Arnhofen, entre Lannes y los bávaros, y prescribió á estos últimos que pasasen el Abens en Abensberg y fuesen á tomar á Arnhofen. La división de Wrede principalmente, establecida detrás del Abens de Biburgo á Siegemburgo, debía esperar á que la línea enemiga quedase desconcertada, para pasar el Abens á viva fuerza y desembocar á nuestra derecha sobre el flanco izquierdo de los austriacos. Cada uno de estos ataques iba dirigido á una de las posiciones destacadas del enemigo, que formaban como queda dicho una larga cadena desde el Abens hasta el Láber.

Quería Napoleón, una vez forzadas todas estas posiciones, avanzar hasta Lanhschut, y apoderarse de la línea de operaciones del archiduque, ya cayendo sobre su retaguardia, ya acometiendo á este mismo príncipe si se replegaba en persona hacia Landshut; y para asegurar más la operación, se apresuró á modificar la marcha de Massena. Háblale mandado descender sobre Pfaffenhofen perpendicularmente al flanco izquierdo de los austriacos, reservándose hacerle torcer bien sobre el Isar, ó bien sobre el Danubio, según las circunstancias. Calculando que tenía las suficientes fuerzas, puesto que llevaba consigo al mariscal Davout que defendía á Tengen con veinticuatro mil hombres, al mariscal Lannes que iba á tomar á Rohr con veinticinco mil, al mariscal Lefebvre que se preparaba á atacar á Arnhofen y á Offensteten con cuarenta mil wurtembergueses y bávaros, y por último la división de Demont y los coraceros de Nansouty que llegaban por la espalda, dirigió á Massena sobre Landshut por Freising y Moosburgo, mandándole encontrarse allí al día siguiente, 21, de madrugada para impedir á los austriacos la vuelta á Landshut. Posible era, si Massena llegaba á tiempo, que tomáramos todas las posiciones enemigas entre el Danubio y el Isar.

Mientras Napoleón se disponía á emplear en estas maniobras el día 20, el archiduque Carlos, detenido en su movimiento sobre Ratisbona por el encuentro de las dos divisiones de Saint-Hilaire y de Friant, tan apurado de noticias acerca de la marcha del enemigo como su adversario, aunque sin la penetración de éste para adivinar los riesgos, se había imaginado que la tenaz resistencia que acababa de experimentar era una señal inequívoca de que Napoleón se hallaba en Tengen con todas sus fuerzas, por lo que resolvió llamar á sí al cuerpo del archiduque Luis, que quedaba delante del Abens, encargando al general Hiller, que había tenido que marchar todo el día 19, que ocupase la posición abandonada por el referido archiduque. Resolvióse pues á esperar el día 20, entre Grub y Dinzing, la anejió de su izquierda, para renovar la acción con el mayor ímpetu. Sin embargo, dejó al arbitrio del archiduque Luis la interpretación de esta orden, y el pelear doquiera que se encontrase si se veía acometido por el lado del Abens.

Esta previsión fué la que vino á cumplirse. Desde la mañana del 20 empezó el archiduque Luis á divisar destacamentos enemigos que desembocaban, unos por el Abens en Abensberg y Arnhofen, que eran los wur-

tembergueses, los bávaros, y las tropas de Demont y Nansouty; otros por el camino de Ratisbona en Reinsing y Buchhofen, que eran los de Morand, Gudin, Jacquinet y Saint-Sulpice. Vió que iba á ser acometido con toda formalidad, y en vez de maniobrar para unirse con su hermano el generalísimo, trató de defenderse en la posición que ocupaba, mientras acudiese en su auxilio el cuerpo de Hiller, llevado desde Mainburgo al Abens.

En aquel momento, situado Napoleón en la mesa que formaban las alturas que dejamos descritas, delante de Abensberg, estaba viendo desfilar á su presencia á los wurtembergueses y bávaros que iban á entrar en línea, animados del mismo espíritu que el ejército francés, y envanecidos de haber de pelear á vista de tan grande hombre. Arengó á unos y otros (sirviéndole de intérpretes los oficiales de uno y otro país), y les dijo que no les hacía batirse por él sino por ellos mismos, contra la ambición de la casa de Austria, desesperada de no tenerlos ya bajo su yugo; que iba por fin á darles en breve la paz para siempre, con tal aumento de poderío, que pudiesen en lo venidero defenderse por sí mismos contra las pretensiones de sus antiguos dominadores. Su presencia y sus palabras electricaron á aquellos alemanes aliados, que tanto se holgaban de tenerle consigo, enteramente entregado á su lealtad; puesto que no tenía á la sazón más escolta que unos destacamentos de caballería bávara.

Entre ocho y nueve de la mañana se puso en movimiento toda la línea hacia la derecha, desde Ober-Feking y Buchhofen á Arnhofen y Pruck. Avanzó Lannes resueltamente por la izquierda con los veinte mil infantes de Morand y Gudin, los quince mil cazadores de Jacquinet y los tres mil quinientos coraceros de Saint-Sulpice sobre Bachel, camino de Rohr, atravesando un terreno cubierto de matorrales y cortado por numerosos barrancos. Encontróse con el general austriaco Thierry seguido de su infantería solamente, porque su caballería, que marchaba con más velocidad, había llegado cerca de Rohr, é hizo que le embistiesen los cazadores de Jacquinet, que cargaron sobre él á rienda suelta. La infantería austriaca corría á refugiarse apresuradamente en los bosques; pero alcanzada antes de penetrar en ellos, y acuchillada antes de haber podido formar en cuadro, dejó en nuestras manos muchos hombres entre muertos y prisioneros. Retiróse desordenadamente sobre Rohr, guareciéndose entre matorrales y pasando de unos á otros, y hasta causaba lástima aquella derrota por la gran desproporción que había entre la masa acometedora y la acometida.

Los generales Thierry y Schustek se reunieron en Rohr, y procuraron ayudarse mutuamente. Avanzaban sobre ellos con ímpetu las dos divisiones de infantería de Lannes, con los cazadores y coraceros al frente. Cargaron los húsares de Kienmayer con extraordinario vigor sobre los cazadores de Jacquinet; pero un regimiento de coraceros franceses lanzado contra los húsares, los puso en confusión y los forzó á replegarse al pueblo de Rohr. Acometió contra este pueblo la infantería de Morand en aquel momento: el 30, sostenido por los coraceros, le embistió de frente, mientras el 13 y el 17 maniobraban para envolverle; entonces los generales Schustek y Thierry emprendieron de nuevo la retirada, y después de un tiroteo inútil se replegaron desde Rohr

hacia Rottemburgo por una de las dos calzadas que conducen del Danubio al Isar, y la de Kelheim á Landshut. Siendo el país que al otro lado del Rohr se extiende más descampado, y más difícil por consiguiente la retirada, la caballería austriaca hizo los más nobles esfuerzos para proteger á su infantería. Los húsares de Kienmayer acababan de ser reforzados con cuatro escuadrones de los dragones de Levenehr destacados del segundo cuerpo de reserva. Unos y otros cargaban á cada encuentro con el mayor arrojo; pero si ellos tenían alguna ventaja sobre nuestros húsares, nuestros coraceros á su vez los acuchillaban despiadadamente. Toda la infantería diseminada por el camino cayó en nuestro poder. Llegamos así al anochecer á Rottemburgo, aumentando siempre el desorden de parte de los austriacos. El general Thierry, que se había apeado del caballo para reunir sus tropas, fué sorprendido por una de las cargas sucesivas y hecho prisionero con tres batallones enteros. Los húsares de Kienmayer y los dragones de Levenehr pagaron su arrojo, porque quedaron casi completamente destruidos. Los generales Schustek y Thierry, después de haber perdido cerca de cuatro ó cinco mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, hubieran también perecido á no ser porque el general Hiller, que se había aproximado al archiduque Luis por las órdenes que había recibido, hizo un movimiento que le condujo muy á tiempo á socorrerlos. En vez de bajar por el Abens hasta Siegemburgo y Biburgo, donde combatía el archiduque Luis, torció á la derecha al advertir de lejos la derrota de los generales Thierry y Schustek, cruzó perpendicularmente la calzada de Neustadt á Landshut por Pfeffenhausen, y continuando la marcha en la misma dirección sobre la de Kelheim á Landshut, tomó posición en Rottemburgo.

Podía Lannes con las fuerzas que tenía á su disposición acometer al cuerpo de Hiller y escarmentarle; pero acababa de ejecutar una larga marcha sin habersele incorporado aún la derecha compuesta de wurtembergueses y bávaros, y por lo avanzado de la jornada se detuvo esperando nuevas órdenes. Había perdido escasamente doscientos hombres por cuatro ó cinco mil que había muerto ó aprisionado, y además había recogido cañones, bagajes, y casi todos los heridos de la acción de Tengen esparcidos por los pueblos que acababa de recorrer.

Mientras el general Lannes seguía el alcance por una de las dos calzadas del Danubio al Isar á los generales austriacos Thierry y Schustek, que desordenadamente huían, los wurtembergueses y bávaros acometían con gran pujanza la posición de Kirchdorf, enérgicamente defendida por las tropas de los generales Reuss y Bianchi, bajo el archiduque Luis. La acción tenía que ser ahora más reñida, porque las tropas austriacas eran más numerosas, se hallaban en una excelente posición, y, aunque bien embestidas, no lo eran, sin embargo, tanto como hubieran podido serlo por las divisiones de Morand y Gudin.

Los wurtembergueses habían marchado sobre Offensteten, uniéndose por la izquierda con el mariscal Lannes, y por la derecha con los bávaros. Éstos habían marchado por Pruck sobre Kirchdorf. El general austriaco Bianchi se había replegado desde Biburgo á Kirchdorf para unirse con las tropas del príncipe de

Reuss, mientras el archiduque Luis batía con sus cañones á Siegemburgo para impedir que la división bávara de Wrede desembocase al otro lado del Abens. Empeñóse vivamente el combate en derredor de Kirchdorf, donde los austriacos se defendieron con grande energía. Repetidas veces fueron los bávaros repelidos, ya con descargas, ya á la bayoneta, cuando cerraban con los austriacos cuerpo á cuerpo, pero habiendo logrado los wurtembergueses por la tarde tomar un pueblo que cubría la derecha de los austriacos, y pasado al mismo tiempo el general Wrede el Abens, sobre su izquierda, el archiduque Luis se vió forzado á retirarse por la calzada de Neustadt á Landshut, amparándose en Pfeffenhausen ante los granaderos de Aspre, que formaban el resto del segundo cuerpo de reserva, y que prestaron á los generales Reuss y Bianchi el mismo servicio que el general Hiller acababa de prestar á los generales Thierry y Schustek. Perdieron por aquel lado los austriacos cerca de tres mil hombres entre muertos y prisioneros, y los bávaros y wurtembergueses cerca de mil.

Esta jornada del 20 de abril que Napoleón calificó de batalla de Abensberg, aunque fué mucho menos reñida que la del 19, costó á los austriacos, contando las pérdidas que sufrieron en ambas direcciones, de siete á ocho mil hombres, es decir, que entre las dos jornadas habían perdido de trece á catorce mil. Pero como maniobra era de inmensa trascendencia, porque decidía la suerte de la primera parte de la campaña, pues separaba al archiduque Carlos de su izquierda, repeliendo á ésta al Isar, mientras el mismo archiduque iba á quedar acorralado contra el Danubio hacia Ratisbona. Desde este punto de vista bien merecía dicha acción cuantos títulos se le quisiesen dar. No es de extrañar que Napoleón se mostrase fuera de sí de júbilo al llegar aquella noche á Rottemburgo: veía á su adversario repelido al Isar desde el principio de las operaciones, y á los austriacos tan desalentados como los prusianos después de la batalla de Jena; no sabía aún claramente todo lo que la fortuna le tenía reservado, porque no había podido deducir de las respuestas y declaraciones de los prisioneros dónde estaban los diversos archiduques; pero suponiendo que el archiduque Carlos podía hallarse delante de él en el camino de Landshut, resolvió encaminarse á este mismo punto para sorprenderle al pasar el Isar y derrotarle si llegaba á tiempo Massena, que marchaba en la misma dirección. Decidió por lo tanto dirigirse allí al otro día, 21, é ímpeler á los austriacos sin descanso. De lo que aquel día acababa de ver debía naturalmente deducir que el enemigo huía con todas sus fuerzas hacia el Isar, y que el mariscal Davout, que había venido á ser el centro sobre que giraba su izquierda, no tendría que hacer más que avanzar para ir recorriendo sus reliquias. En esta inteligencia le mandó arrojar á las pocas tropas que suponía situadas enfrente de Tengen, siguiendo el movimiento de toda la línea francesa sobre el Isar, con facultad de caer posteriormente sobre Ratisbona para aniquilar á Bellegarde después de haber acabado con el archiduque Carlos. Pero no se imaginaba que aquellas tropas que le parecían insignificantes y situadas delante de Tengen, ocultaban al archiduque Carlos en persona con la masa principal de las fuerzas austriacas.

Éste, en efecto, había estado esperando todo el día

20 que se renovase el combate de Tengen y se verificase la anexión del archiduque Luis, pero no habiendo sucedido ninguna de las dos cosas, y dividiéndose por el contrario muchos franceses por las dos calzadas que conducían del Danubio al Isar, empezó á temer por su izquierda, y tomó una posición de espera para tratar de incorporarse con ella si no había sufrido algún desastre. Imaginó, pues, establecerse en las alturas arboladas que separan al grande y al pequeño Láber del valle del Danubio, ocupando de través el camino que conduce de Landshut á Ratisbona por Eckmühl. Recibió orden toda la reserva de coraceros de situarse en el recuesto de aquellas alturas, á la entrada del llano de Ratisbona, con los granaderos en la cumbre y los cuerpos de Hohenzollern y Rosenberg en el declive que mira al Láber á derecha é izquierda de Eckmühl. En esta posición iba el archiduque á apoyar su espalda en Ratisbona, dando el frente á Landshut, dispuesto á cambiar de línea de operaciones si su izquierda quedaba separada de él definitivamente, y á reforzarse con el cuerpo de Bellegarde si se veía privado del cuerpo de Hiller. El teniente general Hiller, que mandaba además de su cuerpo el del archiduque Luis como más antiguo, viéndose por su parte vigorosamente impelido sobre las calzadas de Neustadt y de Kelheim que conducen á Landshut, temió no llegar tan pronto como deseaba á este último punto, porque desconfiaba con razón de unirse con el archiduque Carlos, y recelaba que fuese tomado aquel pueblo, donde acababan de juntarse todos los almacenes del ejército con un inmenso número de heridos; mandó á las columnas que se replegaban por las dos calzadas que se trasladasen allí durante la noche, de modo que para el amanecer pudieran ya estar allí guarecidas. Afluyeron los austriacos sobre Landshut por aquellas dos vías durante la noche del 20 al 21; y los franceses por su parte, tan diligentes como los austriacos, se precipitaron allí como dos torrentes.

Napoleón, que no se había desnudado, ni dormido más que dos ó tres horas sentado, se presentó á caballo al amanecer del día 21 para dirigir por sí mismo la persecución por el camino de Landshut. Aunque seguía ignorando que el archiduque Carlos estaba hacia Eckmühl, había hecho nuevas reflexiones sobre esto, y como consecuencia había destacado la división de Demont, los coraceros de Nansouty y las divisiones bávaras del general Deroy y del príncipe real sobre su izquierda hacia el gran Láber, por no dejar al mariscal Davout reducido á veinticuatro mil hombres en situación tan incierta. Con los veintiocho mil de Lannes continuó picando la retirada al cuerpo de Hiller y del archiduque Luis por el camino de Rottemburgo á Landshut, mientras el general bávaro Wrede los aguijaba por el camino de Pfeffenhausen. Contaba además con que Massena iba á llegar á Landshut con treinta mil hombres por lo menos.

Marchando con la caballería de Morand, los coraceros de Saint-Sulpice y la caballería ligera, desembocó muy de mañana sobre Landshut, recogiendo á cada paso fugitivos, heridos, cañones y bagajes. Al llegar á Altdorf, á la salida de los bosques, desde donde se dominaban las verdes llanuras del Isar y la población de Landshut, se dividió una gran confusión de gente: los jinetes austriacos se aglomeraban hacia los puentes como los in-

fantes, unos y otros afluyendo por las dos calzadas que habían tomado los cuerpos de Hiller y del archiduque Luis. Aumentaba el atascamiento el material del ejército, y especialmente un soberbio tren de pontones que llevaban en carros para pasar el Danubio, y aun el mismo Rhin si el cielo hubiese favorecido aquella empresa contra la Francia. Bessieres llegó de improviso, como Lannes, y como el mismo emperador, sin tener á su disposición más que uno ó dos ayudantes de campo, conduciendo los coraceros de Saint-Sulpice, los cazadores de Jacquinet y el 13 de ligeros de la división de Morand. Al ver aquel inesperado espectáculo, mandó á sus cazadores cerrar con la caballería austriaca: ésta, á pesar del desorden y del atasco, y del terreno que era resbaladizo y pantanoso, se defendió con valor, pero los coraceros franceses cargaron sobre ella en masa y la forzaron á replegarse. Entonces los generales austriacos se apresuraron á hacerla pasar los puentes, á cuya entrada nos opusieron su infantería para que los bagajes tuviesen tiempo de desfilar. Establecieron á los granaderos de Aspre dentro de Landshut, y particularmente en los barrios altos de la ciudad; pero llegó en breve la división completa de Morand, y el 13 ligero y el 17 de línea acometieron á la infantería austriaca mientras la caballería francesa volvía á cargar sobre ella de nuevo, hasta que, no pudiendo resistir á tan reiteradas embestidas, se vió precisada á ciar apresuradamente hacia los puentes de Landshut con intento de pasarlos con tiempo. Así lo hizo en efecto, dejando en aquellos prados muchos prisioneros, gran número de carros de artillería, y todo el tren de pontones de que acabamos de hablar. El 13 y un batallón del 17 se precipitaron dentro del arrabal de Seligenthal, que ganaron venciendo una obstinada resistencia. Faltaba atravesar el puente grande, construído sobre el brazo principal del Isar, é incendiado por los austriacos, y el general Moutón, ayudante del emperador, á la cabeza de los granaderos del 17, á quienes animaba con su voz y brioso ademán, penetró por entre las llamas con espada en mano, le atravesó bajo una granizada de balas, y asaltó las escarpadas calles de Landshut que arrancaban de la orilla opuesta. Llegó á la sazón Massena con las divisiones de Boudet y Molitor, una de las dos divisiones de Oudinot y la caballería ligera del general Marulaz, demasiado tarde para estorbar la retirada de los austriacos, aunque muy oportunamente para aumentar su confusión y precipitarla, y al ver aquéllos tan formidable reunión de fuerzas, evacuaron á Landshut, dejando en nuestro poder, además de sus inmensos pertrechos, de seis á siete mil prisioneros, y no pocos muertos y heridos. Habíamos ganado, pues, su línea de operaciones, y con ella había perdido el enemigo cuanta riqueza militar puede perderse con dejarse quitar la vía principal que conduce al campo de batalla.

Mientras llevaba á cabo Napoleón esta victoriosa persecución con su centro, engrosado con parte de las fuerzas de Massena, oíase tronar el cañón hacia su izquierda, donde estaba el mariscal Davout, á quien había mandado ir repeliendo todas las fuerzas enemigas que encontrase al paso, y el cual acababa de tener nuevo encuentro con las masas del archiduque Carlos. Los estampidos eran efectivamente atronadores á pesar de que la acción era á nueve ó diez leguas de Landshut, y

alarmaban á Napoleón; porque si bien creía perseguir á la masa principal del ejército austriaco, no estaba enteramente seguro de que no tuviese que habérselas el mariscal Davout con fuerzas enemigas considerables, y seguramente aunque no hubiese tenido que pelear éste más que con el ejército de Bohemia, habría sido ya muy bastante para las dos únicas divisiones de que podía disponer. Lo que le sucedió fué lo siguiente:

Habiendo recibido la víspera por la noche, según queda dicho, la orden de arrumbar, por decirlo así, las escasas fuerzas que se suponían habían quedado en el Láber, después de la batalla de Abensberg, había emprendido su movimiento de madrugada en el momento mismo de marchar Napoleón sobre Landshut. Las dos divisiones de Saint-Hilaire y Friant, después de descansar el 20 de la acción del 19, habían salido de Tengen el 21 á las cinco de la mañana, siguiendo á los cuerpos de Hohenzollern y de Rosenberg que se dirigían á tomar las posiciones que el archiduque Carlos les había designado en el declive de las montañas, entre el valle del gran Láber y el llano de Ratisbona. La vanguardia de nuestras dos divisiones, desembocando del valle de Tengen al del gran Láber, se encontró con la retaguardia enemiga en una mesa arbolada entre Schneidart y Paring. Los tiradores del 10 se desparramaron por delante para rechazar á los de los austriacos, mientras nuestros húsares cargaban sobre su caballería ligera. Tuvo el enemigo que retroceder, y en breve una batería rodada que acudió á galope los cubrió de metralla forzándolos á retirarse apresuradamente. Los cuerpos de Rosenberg y de Hohenzollern, temerosos de habérselas con una parte muy principal del ejército francés, creyeron conveniente replegarse al instante para no perder la ocasión ni el medio de ocupar los puntos que se les habían designado en la calzada de Landshut á Ratisbona, á derecha é izquierda de Eckmühl. Avanzaron, pues, nuestras dos divisiones, la de Saint-Hilaire por la derecha, costeano las orillas del gran Láber, y la de Friant por la izquierda, siguiendo la falda de los montes que forman uno de los lados del valle. La de Friant, por causa de los tiradores de Rosenberg que ocupaban de trecho en trecho el camino que debía seguir, iba expuesta á mayores riesgos que la de Saint-Hilaire, que iba á atravesar el valle descampado del gran Láber; por lo que, queriendo aquél ahuyentar á los tiradores enemigos, mandó sacar de los regimientos un número considerable de cazadores, que, conducidos por el valiente capitán de ingenieros Henratz, desalojaron á los austriacos y les hicieron evacuar los bosques ominosos á nuestra izquierda. Así siguieron marchando, Friant faldeando los montes y Saint-Hilaire por la orilla del río, y cuando avanzaron algo más descubrieron dos pueblos, el de Paring, al pie de las alturas, y el de Schierling á la orilla del agua, que era indispensable tomar. Mientras nuestros tiradores se internaban en los montes, el general Friant envió el 48 á asaltar el pueblo de Paring, y en el momento de dar sus órdenes con su resolución y acierto acostumbrados, teniendo á su lado al mariscal Davout, cayó su caballo derribado de una bala de cañón. Tomó otro caballo, é hizo tomar á su presencia el pueblo de Paring á la bayoneta, cogiendo en él cuatrocientos prisioneros. Al mismo tiempo el general Saint-Hilaire, dirigiendo un ataque análogo contra el pueblo de Schier-

ling, le tomó con igual bravura, haciendo también varios centenares de prisioneros. Viéronse entonces llegar por la parte de Landshut los bávaros, la división de Demont y los coraceros de Nansouty cumpliendo las previsoras disposiciones de Napoleón, y se trató inmediatamente de restablecer los puentes del gran Láber para ponerse en comunicación con tan útiles refuerzos. Era mediodía, y entonces mismo acababa de entrar Napoleón en Landshut.

Mientras habían ido avanzando Friant y Saint-Hilaire, los cuerpos de Rosenberg y de Hohenzollern habían ido á posesionarse de las alturas que ciñen el gran Láber, en el punto mismo en que las atraviesa la calzada transversal que va de Landshut á Ratisbona. Salvando el gran Láber, enfrente del castillo de Eckmühl, subía la calzada formando como tramos por dentro del bosque, y asomaba después por Egglofsheim, en la llanura de Ratisbona. A su izquierda, y por encima de Eckmühl, estaban los dos pueblos de Ober-Leuchling y de Ünter-Leuchling, apoyados uno contra otro, y dominando un barranco que va á salir al gran Láber. En estos dos pueblos se había establecido el cuerpo de Rosenberg. El de Hohenzollern, con una vanguardia apostada al otro lado del gran Láber en la dirección de Landshut, estaba agolpado en la misma calzada, dilatándose por los tramos que pasaban por encima de Eckmühl. Veíasele distintamente en aquella fuerte posición interceptando el camino que tenía encargo de defender.

Aproximóse el mariscal Davout y fué á desplegar sus tropas enfrente de los austriacos á tiro de cañón, con el general Friant á la izquierda delante de los pueblos de Ober-Leuchling y Ünter-Leuchling, y el general Saint-Hilaire con los bávaros á la derecha, en los terrenos bajos que riega el gran Láber. Mientras estaba ejecutando su despliegue frente á la posición enemiga, una columna de húngaros avanzó como con intento de hacer una acometida. Tenía el mariscal Davout una batería rodada al frente de su vanguardia, y mandó inmediatamente hacer fuego, siendo la descarga tan oportuna, que la columna austriaca, detenida por un torrente de metralla, tuvo que replegarse en desorden á la posición de donde había salido. Avanzamos entonces hasta situarnos dentro del tiro de cañón, y trabamos con ellos un tremendo cañoneo que duró muchas horas sin producir resultado, porque los austriacos, no teniendo más encargo que el de cubrir los accesos del llano de Ratisbona, no querían tomar la ofensiva. El mariscal Davout por su parte tampoco quería empeñar una batalla decisiva no habiendo recibido órdenes del emperador y careciendo de los medios suficientes, porque sospechaba que tendría que habérselas con fuerzas considerables y probablemente con el mismo archiduque á la cabeza de su principal ejército, y se contentó con regularizar su posición, hacerla más segura para aquella noche, y más cómoda para el ataque del día siguiente, por si Napoleón, como él se imaginaba, disponía la ofensiva con medios proporcionados á la resistencia. Mandó por la noche que cesase el inútil tiroteo, y los austriacos siguieron muy de grado su ejemplo para poder descansar, que mucho lo necesitaban. El general Friant se estableció enfrente de Ober-Leuchling, apoyando su izquierda en las alturas arboladas que nos se-

paraban del llano de Ratisbona, y el general Saint-Hilaire, apoyando ligeramente á la izquierda, se estableció delante de Unter-Leuchling, separado de los austriacos por el barranco que iba á desaguar al gran Láber. Los bávaros y la caballería se dilataron por la llanura á la orilla del río. Esta jornada, variada por los combates trabados á retaguardia, los asaltos de las posiciones y un prolongado cañoneo, causó á Friant una pérdida de mil cien hombres y á Saint-Hilaire otra de trescientos, es decir, nos arrebató unos mil cuatrocientos soldados; pero los austriacos perdieron tres mil por lo menos. Añadiendo los trescientos hombres que perdimos nosotros en la toma de Landshut, y los siete mil que aproximadamente perdieron los enemigos, resultaba que la jornada del 21 de abril nos costó á los franceses mil setecientos hombres, y diez mil á los austriacos, entre muertos, heridos y prisioneros. No era tampoco escaso el número de enemigos que de resultas de esta serie de reveses continuos se dieron á huir acobardados en todas direcciones.

Concluída la jornada, envió Davout inmediatamente el general Piré al emperador para que le refriese con todos sus pormenores lo ocurrido, y le enterase de lo que había podido colegirse acerca de la posición y de las fuerzas de los austriacos en aquel laberinto de bosques y ríos comprendido entre Landshut y Ratisbona. Alarmado el emperador con el cañoneo que por su izquierda había percibido en dirección de Eckmühl, no había querido recogerse para recibir por sí mismo los partes que forzosamente tenían que llegarle por distintos puntos. Con su prodigiosa penetración había ya descubierto el estado de las cosas, y empezaba á perder toda duda por lo tocante á la posición que ocupaba el enemigo. En efecto, acudiendo Massena de Augsburgo por Pfaffenhofen sobre Landshut, sólo había encontrado un pequeño cuerpo de flanqueadores, al que llevó arrollado por delante y precipitó desordenadamente al otro lado del Isar. Las masas del archiduque Luis y del general Hiller que habían sido perseguidas hasta dentro de la ciudad de Landshut no revelaban por su número ni por ninguna otra señal que fuese aquél el ejército principal. El último combate del mariscal Davout, cuya noticia acababa de recibirse aquella noche, aclaraba completamente la situación. Napoleón entreveía distintamente que tenía sobre su izquierda, ocupando la calzada de Landshut á Ratisbona, por Eckmühl, ó bien al archiduque Carlos en persona con la masa principal de sus fuerzas, ó por lo menos al ejército de Bohemia, trasladado por el puente de Ratisbona de la izquierda á la derecha del Danubio. En el primer caso, era menester dirigirse á Eckmühl con todas las fuerzas reunidas; en el segundo, había que reforzar considerablemente al mariscal Davout. Los caracteres enérgicos muestran en sus resoluciones toda la decisión de sus ideas: así Napoleón, en cuanto supo lo ocurrido en la acción de Leuchling, puso en movimiento á las dos de la noche los coraceros de Saint-Sulpice y los wurtembergueses que mandaba el general Vandamme, y que habían quedado unos y otros algo atrás en la vía de Landshut y por lo tanto tenían menos camino que andar para retroceder hacia Eckmühl. Despachó en seguida al general Piré enviado por Davout, para que llevase la noticia de este refuerzo con la promesa de

que recibiría otros de más consideración en cuanto la situación quedase enteramente despejada.

En efecto, los indicios que á otro que no hubiera sido él le habrían puesto en mayor confusión, se multiplicaban á cada instante y acabaron por confirmarle plenamente en su idea (1). Fijó principalmente su atención uno que dispó todas sus dudas, cual fué la toma de Ratisbona por el ejército austriaco. Se recordará que Napoleón había mandado al mariscal Davout que dejase en Ratisbona un regimiento para custodiarla, lo que indudablemente hubiera sido un yerro no urgiendo marchar hacia Abensberg con las mayores fuerzas posibles, porque un solo regimiento no bastaba para defenderla. Dejó pues el mariscal Davout el regimiento 65, que era excelente, mandado por el coronel Coutard, con orden de inutilizar con barreras las puertas y calles de la ciudad, porque toda la fortificación de Ratisbona se reducía á un simple muro de recinto, y de defenderse hasta la muerte. El coronel Coutard había tenido que resistir el 19 al ejército de Bohemia, y lo había hecho con impetuoso fuego, con tal acierto que había muerto más de ochocientos hombres al enemigo; pero al día siguiente, 20, había visto asomar por la orilla derecha el ejército del archiduque Carlos procedente de Landshut, y se había encontrado sin cartuchos por haber gastado todos los que tenía en la acción del día anterior. Advertido de este aprieto el mariscal Davout, le había enviado por la vía de Abach dos cajas de municiones conducidas por su valiente edecán Trobriant, pero se las quitó el enemigo sin dejarle meter un solo paquete en Ratisbona. Estrechado el coronel Coutard entre dos ejércitos, sin poder ya disparar un solo tiro ni hacer uso de las bayonetas para defenderse en las tapias y calles cortadas con barreras, había tenido que rendirse. Quedaba, pues, el archiduque Carlos dueño de Ratisbona, de las dos márgenes del Danubio, y del punto de reunión con las tropas de Bohemia, lo que le servía en parte de desquite de haber quedado incomunicado con el archiduque Luis y el general Hiller, aunque no de haber perdido en tres días veinticuatro mil hombres y su línea de operaciones, y además el ascendiente moral, que le abandonó completamente para ponerse de parte de su adversario. En cuanto supo Napoleón la desgracia ocurrida al 65, concibió con un vehemente deseo de venganza el convencimiento de que el archiduque Carlos se hallaba á su izquierda entre Landshut y Ratisbona, puesto que dicho regimiento había sido cogido entre dos ejércitos; de que el mariscal Davout tenía delante en Eckmühl la mayor parte de las fuerzas austriacas, y de que convenía dejarse caer en aquel mismo instante á la izquierda con todas las tropas que hubiese disponibles para apoyar al mariscal Davout y derrotar al archiduque Carlos. Napoleón, como acabamos de manifestar, ha-

(1)* Su correspondencia de aquella noche, que toma una larga serie de cartas que hasta ahora ningún historiador ha visto, da á conocer perfectamente todos los pensamientos que se le fueron ocurriendo antes de tomar su resolución y de dictar sus órdenes definitivas para la batalla de Eckmühl. Esta correspondencia de aquellas pocas horas es para el estudio de la mente humana uno de los espectáculos más curiosos é instructivos. La he leído repetidas veces, y de ella he sacado los hechos que voy aquí refiriendo. (N. del A.)

bía despachado aquella misma noche al general Saint-Sulpice con cuatro regimientos de coraceros, y al general Vandamme con los wurtembergueses. Mandó salir inmediatamente al general Lannes con los seis regimientos de coraceros del general Nansouty y las dos excelentes divisiones de los generales Morand y Gudin, mandándolos seguir su marcha toda la noche para poderse hallar en Eckmühl hacia mediodía y dar una hora de descanso á sus tropas antes de entrar en acción. Como Napoleón no hacía nada á medias, porque siempre percibía las cosas por completo, quiso hacer todavía más, y resolvió salir también él en persona con el mariscal Massena y las tres divisiones que éste mandaba. Agrególes la rozagante división de coraceros del general Espagne. El mariscal Davout con las divisiones de Friant y Saint-Hilaire, muy cercenadas por los reencuentros del 13 y del 21, con los bávaros y la división de Demont, contaba de treinta y dos á treinta y cuatro mil hombres. Los generales Vandamme y Saint-Sulpice le agregaron de trece á catorce mil. El mariscal Lannes con las divisiones de Morand y de Gudin y los coraceros de Nansouty, le llevó veinticinco mil combatientes más: de modo que el total de sus fuerzas llegaba á setenta y dos mil hombres, y Napoleón iba á hacerle subir sobre Eckmühl á noventa mil con las tropas de Massena y los coraceros de Espagne. No se necesitaba tanto para batir al archiduque Carlos, aunque se le hubiese incorporado el ejército de Bohemia. Mandó decir Napoleón al mariscal Davout que llegaría con todas sus fuerzas entre las doce y la una del día, que le avisaría con repetidas salvas de artillería, y que al oír esta señal acometiese inmediatamente.

Antes de ponerse en camino dictó nuevas órdenes. Dió al mariscal Bessieres, encargado de perseguir por el otro lado del Isar á los dos cuerpos de Hiller y del archiduque Luis, además de la caballería ligera de Marulaz y parte de la caballería alemana, la división bávara de Wrede y la excelente división francesa de Molitor. Y no limitó á esto sus precauciones: la división de Boudet, que era una de las cuatro de Massena, y la división de Tharreau, la segunda de Oudinot, quedaban disponibles, y Napoleón las puso escalonadas entre el Danubio y el Isar, de Neustadt á Landshut para vigilar todo lo que pudiese ocurrir entre ambos ríos, y dirigirse ya á Neustadt sobre el Danubio si una parte del ejército de Bohemia amagaba á nuestra línea de operaciones, ya á Landshut, sobre el Isar, si el archiduque Luis y el general Hiller, separados del generalísimo, intentaban tomar el desquite de su descalabro resolviendo contra el mariscal Bessieres.

Dadas estas órdenes, Napoleón acompañado del mariscal Massena partió á galope hacia Eckmühl, que era uno de los campos de batalla inmortalizados por su genio. Salió con el alba el día 22. Desde el 19 no habían cesado los reencuentros, pero el de aquel día iba á ser memorable sobre todos los precedentes por el ímpetu y el número de las tropas que iban á pelear.

Todo en efecto se disponía de una y otra parte para una acción decisiva. El archiduque Carlos no podía ya abrigar esperanza alguna de allegarse las tropas de su izquierda repelida al otro lado del Isar. Tampoco debía abrigar más deseo que el de reunirse con el ejército de Bohemia, lo que no era difícil después de la toma de

Ratisbona. Pero quiso á su vez acometer una empresa que en caso de éxito feliz hubiera restablecido las cosas á su antiguo ser, y causado á Napoleón el mismo daño que acababa él de causar á los austriacos quitándoles su línea de operaciones, y concibió el singular proyecto de intentar un ataque en tres columnas contra Abach en la misma dirección que había seguido el mariscal Davout para subir de Ratisbona á Abensberg. Teniendo ahora vuelta la espalda hacia Ratisbona y el frente hacia Landshut, bastábale hacer un movimiento por su derecha sobre Abach para llevar á cabo aquel proyecto que le situaba en la línea de comunicación de los franceses; y como por otra parte hacia Abach no había más que la vanguardia del general Montbrún, que después de haber combatido el 19 en Dintzling contra el cuerpo de Rosemberg no cesaba de escaramucear con las tropas ligeras austriacas, hasta hubiera sido posible abrirse camino y desembocar sobre nuestra espalda.

Pero el archiduque, siempre vacilante por el temor de los resultados que podría producir cualquier paso atrevido contra un adversario como Napoleón, ó por el peligro de comprometer á un ejército en que se libraba la salvación de la monarquía, procedió al ejecutar su proyecto con una irresolución que no podía menos de hacerle estéril. Desde luego para dar al general Kollowrath, destacado del ejército de Bohemia, el tiempo necesario para pasar el Danubio, decidió que el ataque sólo tuviese lugar de las doce á la una del día, momento escogido por Napoleón para forzar el paso de Eckmühl. Distribuyó sus tropas en tres columnas: la primera, compuesta del cuerpo de Kollowrath y de una parte de la brigada de Vecsay como vanguardia, debía marchar desde Burg-Weinting sobre Abach; ésta era de veinte mil hombres: la segunda, compuesta de la división de Lindenau y el resto de la brigada de Vecsay, debía marchar bajo el príncipe Juan de Liechtenstein por Weilhoe sobre Peising; era de doce mil hombres y tenía el archiduque generalísimo á su cabeza: últimamente la tercera, de unos cuarenta mil hombres, compuesta del cuerpo de Rosemberg, que estaba situado en los pueblos de Óber y Únter-Leuchling, enfrente del mariscal Davout, del cuerpo de Hohenzollern que interceptaba la calzada de Eckmühl, de los granaderos de la reserva y de los coraceros que guardaban la entrada del llano de Ratisbona hacia Egglofsheim, debía permanecer inmóvil y defender contra los franceses el camino de Landshut á Ratisbona mientras las dos primeras columnas hicieran su embestida sobre Abach. Disponíase, pues, el archiduque á tomar la ofensiva por su derecha, que constaba de treinta y seis mil hombres, mientras su izquierda, que contenía cuarenta mil, se mantuviese en la defensiva á la mitad de la pendiente de las alturas que separan al gran Láber del valle del Danubio. Napoleón, por su parte, marchando al socorro del mariscal Davout sobre Eckmühl, iba á caer sobre aquella ala izquierda con todas sus fuerzas, obrando así los dos generales enemigos por las comunicaciones que el uno del otro se habían proporcionado, pero el primero con duda y el segundo con ímpetu irresistible. La izquierda del archiduque, que iba á disputarnos el camino de Ratisbona en las cercanías de Eckmühl, estaba dispuesta del modo siguiente: el cuerpo de Rosemberg estaba apostado hacia la mitad de las alturas que